

Perseverantes en la oración

(Lc 6:12-13) “Y aconteció en aquellos días, que fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y como fue de día, llamó a sus discípulos, y escogió doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles.”

Perseverar en oración; la base para que el Señor pueda bendecir nuestro trabajo en su obra

El Señor Jesús quería escoger a sus apóstoles de entre la multitud de sus discípulos, y es interesante que tanto Mateo como Marcos y Lucas mencionan este suceso. Pero solamente Lucas nos cuenta que el Señor pasó la noche en oración antes de la elección de sus apóstoles.

En esta escena se iba a tomar una decisión de gran alcance. Se trataba del futuro del “Reino de Dios”, de los apóstoles que en los tres años siguientes (y también después de la ascensión de Jesús), habrían de llevar el Evangelio primeramente a Judea y Galilea, pero después también más allá de las fronteras de Israel, al mundo entero. Los nombres de estos hombres serían escritos eternamente en el muro de la ciudad celestial (**Ap 21:14**).

El hecho de que el Señor, como hombre dependiente de Dios, subió al monte para permanecer allí tranquilo y apartado en oración durante una noche, muestran la gran responsabilidad vinculada con la elección de los colaboradores más estrechos.

Nos asombramos ante la sumisión del Hijo de Dios bajo la voluntad del Padre, que se manifiesta aquí en el monte, y vislumbramos cuánta responsabilidad implicaba la elección de los apóstoles.

Al mismo tiempo vemos cómo el Espíritu Santo nos muestra aquí unos principios fundamentales, que son de gran importancia para nosotros como colaboradores en la obra del Señor. Nos pueden preservar de muchos desarrollos equivocados y desengaños, si es que hacemos caso de ellos.

Consideremos primero las circunstancias exteriores relacionadas con el llamamiento de los apóstoles:

Poco antes el Señor había sanado en un día de reposo al hombre de la mano seca, mientras que los escribas y fariseos estaban al acecho para poder acusarlo. Siendo testigos de esta curación maravillosa, sus corazones, sin embargo, se endurecieron y “se llenaron de enojo” (**Lc 5:11**), de modo que acto seguido sólo discutían un tema: “¿qué haremos con este Jesús?”. Los capítulos que siguen muestran cómo estos hombres religiosos, llenos de envidia y odio, comenzaron a preparar en forma intencionada la eliminación de Jesús. Pero el Señor Jesús se retiró para orar.

En Lucas 5 Jesús había hablado del vino viejo y nuevo, y de los odres viejos y nuevos. Ahora está preparando doce “nuevos odres” para el vino nuevo, para la proclamación de las buenas nuevas. Y para poder hacerlo, se aparta de la disputa teológica y sube al monte para orar allí.

Especialmente en el Antiguo Testamento hallamos que los montes son a menudo el lugar de encuentro con Dios o el lugar de la revelación divina. Recordaremos ciertas escenas

de sacrificio y oración; nos vienen a la mente los montes Moría, Nebo, Ebal y Carmelo, relacionados con hombres de oración como lo fueron Abraham, Moisés, Josué y Elías.

Ya hemos visto que también nuestro Señor a menudo se retiraba a un monte para dormir allí (**Lc 21:37**), para estar solo (**Jn 6:15**) o, como en este caso, antes de elegir a sus apóstoles, para orar.

Lejos del ajetreo cotidiano, sin tener a nadie cerca, sólo en la comunión con el Padre. Éste era un tiempo que el Señor, como hombre, necesitaba para su ministerio y sus decisiones. Con ello nos deja claro a nosotros, sus seguidores, que con mucho más motivo tenemos necesidad de retirarnos a un lugar solitario para orar y hallar orientación y dirección, para que no nos quememos ni suframos daños en nuestro caminar.

La comunidad de Herrnhut tenía una pequeña cabaña en una colina llamada "Hutberg". Allí se retiraba Zinzendorf a menudo, y sus hermanos también, para orar a veces hasta la medianoche. Quizás nació de estas experiencias en los años de avivamiento el bello himno que citamos aquí:

"Para que Dios nos pueda guiar
es necesaria la quietud;
es fácil confundir la voluntad del Padre
con nuestra propia elección
cuando todavía caminamos a nuestro aire.

El que quiera la vida, que muera;
quien no muere, no vive.
No nos brillará luz verdadera
mientras nuestra carne no muera."²²

En la quietud de la noche, el Señor Jesús permaneció en oración. No solamente una hora, ni dos, sino hasta que llegó la mañana. A pesar de que como Dios sabía a quienes iba a escoger de entre los discípulos, pasó la noche en oración.

¿Oró ya en esa noche por Pedro, que después lo negaría con juramento y maldiciendo? ¿O quizá también por Juan, quien tras muchas décadas en el exilio escribiría el Apocalipsis? ¿O por Jacobo, hermano de Juan, el primer discípulo que sufrió la muerte como mártir? ¿O por Judas, el que lo iba a entregar?

No lo sabemos. Pero nos avergüenza que Él, quien todo lo sabe, pasó la noche en oración, y nosotros que no sabemos qué decisiones para el futuro son las correctas y lo que éste nos traerá, pensamos que eso de permanecer en oración está de sobra o que se puede descuidar.

Cuando se hizo de día, Jesús llamó a la multitud de sus discípulos y escogió a doce de entre ellos, *"a los cuales también llamó apóstoles"* (**Lc 6:13**).

Evidentemente los llamó con tal autoridad que, por parte de los otros discípulos, no surgió ninguna protesta. Nadie se quejó por no haber sido tomado en cuenta, o porque a otro le había sido dada la preferencia.

Después, el Señor descendió del monte con sus discípulos a una meseta donde se hallaba reunida una gran multitud que habían venido de las inmediaciones, *“para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades” (Lc 6:17)*. Y, antes de predicar el Sermón del Monte, leemos la breve nota, pero de gran contenido: *“salía de él virtud, y sanaba a todos” (Lc 6:19)*. La fuerza espiritual va siempre relacionada con la oración perseverante.

¿Qué podemos aprender de esto?

I. Antes de tomar decisiones importantes deberíamos retirarnos en quietud para orar con perseverancia a fin de conocer la voluntad de Dios.

Así como nuestro Señor pasó la noche en oración (un cuadro de paz interior, sin el agobio de compromisos y citas) y subió para ello al monte (un cuadro de la paz exterior), nosotros también deberíamos escoger una hora y un lugar donde podamos retirarnos para orar con perseverancia. Afortunado quien pueda retirarse lejos del televisor, internet, teléfono móvil o fijo y otros tantos intrusos, para entrar en un lugar o cuarto de quietud.

El misionero Hudson Taylor (1832-1905) se encontraba en la crisis de su vida. Una seria enfermedad lo había obligado a interrumpir su obra misionera en China en 1860 y regresar como inválido a Inglaterra. Los médicos opinaban que jamás podría fortalecerse otra vez como para poder volver a la China. Ahora llevaba ya cinco años viviendo míseramente en una callejuela trasera en Londres con su joven familia. Tenía tan sólo 33 años y la gran necesidad de los millones de chinos que jamás habían escuchado el evangelio, acongojaba su alma. Faltaban colaboradores dispuestos a salir para China a pesar de los peligros y dificultades, en obediencia y confiando en las promesas de Dios.

En esos cinco años había orado mucho por China en silencio, pero entonces llegó el domingo del año 1865 cuando, “en gran angustia espiritual”, salió a la playa de Brighton y entregó nuevamente su vida y la obra en China a Dios.

Ese día anotó en su diario: “Allí mismo le pedí a Dios veinticuatro obreros, dos para cada una de las provincias que no tenían misionero, y dos para Mongolia. Escribí la petición en el margen de la Biblia que llevaba conmigo y regresé a casa, lleno de paz; una paz que hacía meses no había conocido. Tenía la seguridad de que Dios iba a bendecir su obra y que yo participaría de esa bendición...”²³

Años más tarde, Taylor oró por otros 100 obreros para China y, al final de su vida, oró por 1000 hombres y mujeres entregados a Dios; y Dios contestó todas estas oraciones.

Su hija y su yerno que lo acompañaron muchas veces durante sus viajes por China, recordaron más tarde sus vivencias, cuando mes tras mes viajaban con él por el norte de China. Eso se hacía en carros y carretillas, y las noches las pasaban en deplorables albergues, donde a menudo sólo había un gran dormitorio para trabajadores y viajeros a la vez. Entonces, con algunas cortinas intentaban hacer un pequeño rincón separado para ellos y su padre:

“Y luego, después de que el sueño había producido por fin cierta medida de quietud, escuchábamos un fósforo encenderse y veíamos el parpadeo de la vela que indicaba que Hudson Taylor, aunque cansado, estaba estudiando aquella pequeña Biblia que siempre tenía a mano. El tiempo que por lo general dedicaba a la oración era de las dos a las cuatro de la madrugada, cuando podía estar más seguro de no ser molestado en su espera en Dios. El parpadeo de esa vela significaba para nosotros más que todo lo que habíamos oído y leído sobre la oración en secreto. Significaba una realidad; no era predicarlo, sino practicarlo.”²⁴

2. Noches de oración - ¿las conocemos sólo de la Biblia y de los libros antiguos?

El ejemplo de nuestro Señor debería ser razón suficiente para grabarnos con cincel en nuestra mente la necesidad y el valor de la oración perseverante y durante noches enteras. Cuando se trate de decisiones importantes y de gran alcance, o también de necesidades candentes, deberíamos ejercitarnos y practicar personalmente, como obreros y también como iglesia la oración perseverante.

(Is 62:6-7) “Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no ceséis, ni le deis tregua, hasta que confirme, y hasta que ponga a Jerusalén en alabanza en la tierra.”

De Ana, la profetisa, leemos que “no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones” (Lc 2:37).

Es asombroso que el apóstol Pablo relata cómo ora por otros “noche y día”. Es interesante que en contra del habla común menciona primero la noche y con ello pone un énfasis:

(1 Ts 3:10) “Orando de noche y de día con grande instancia, que veamos vuestro rostro, y que cumplamos lo que falta a vuestra fe”

(2 Ti 1:3) “Doy gracias a Dios, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones de noche y de día.”

Y si, además, tenemos en cuenta que está escrito que Satanás, como “acusador de nuestros hermanos”, “los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Ap 12:10), entonces no nos costará mucho reconocer la necesidad de la intercesión perseverante a favor de nuestros hermanos.

Es conmovedor leer cómo en los primeros años de la comunidad de Herrnhut se hacían vigiliatias “en las que debían participar todos los hombres entre 16 y 60 años”. Orando y cantando querían representar delante del Señor a la iglesia que estaba durmiendo, “para que el maligno no tuviera poder para dañarlos.”²⁵

En el siglo pasado el Señor usó de manera especial a Bakht Singh (1903-2000) para fundar cientos de nuevas iglesias en la India y Pakistán. Este hombre fue sobre todo un hombre de oración y de la Biblia.

La historia de su vida avergüenza y alienta a la vez: un cristiano cultivado, pero sencillo, que renunció a todas sus posesiones, a pesar de que sus padres eran muy ricos. Además, viajaba mucho como evangelista aunque tenía un defecto en el habla, pero por esta causa aprendió a confiar en Dios en toda circunstancia.

Cuando en 1938 salió para Madrás, siendo un joven evangelista, para llevar a cabo una evangelización durante tres meses, el Señor puso en su corazón orar con sus colaboradores y otros hermanos “diecinueve noches seguidas, interrumpido sólo durante dos días”.

“Todos ellos perseveraron en oración y oraban para que Dios obrara de forma poderosa. Como resultado de estas noches de oración, el Señor obró en muchas partes del sur de la India, especialmente en Madrás, donde nació la iglesia “Jehová-Shammah” y otras iglesias neotestamentarias.”²⁶

Paul Marsh cuenta cómo en los años 50 tenía el cometido de llevar a Bakht Singh de la ciudad de Lahore a la frontera cerca de Wagha. Debía recogerlo a las 7.30h de la mañana, pero halló que a esa hora todos los hermanos estaban orando. Pensando que quizás se había equivocado de hora se disculpó por llegar tarde. La respuesta fue ésta:

“No te preocupes, no has llegado tarde. Acabamos de terminar nuestro culto de oración que comenzó anoche después de la reunión.”

El comentario de Paul Marsh al respecto: “Los hermanos habían estado orando durante unas 10 horas. Eso era típico para la persona y el carácter de Bakht Singh.”²⁷

3. ¡No tendremos fuerza espiritual ni autoridad para la obra, si no oramos seriamente!

La fuerza espiritual y nuestra eficacia no dependen de nuestro talento sino, sobre todo, de nuestra comunión con el Señor y nuestra vida de oración.

Ya sea que tengamos un “don para servir” o un “don para hablar” o que aún no hayamos descubierto el don que nos ha sido concedido, sin oración perseverante no recibiremos poder espiritual ni experimentaremos eficacia.

Las experiencias del pasado y los conceptos actuales prometedores del éxito no pueden suplir la falta de fuerza espiritual y autoridad. Recargar las baterías diariamente mediante la oración y la lectura de la Biblia es algo imprescindible para poder hacer frente a nuestras tareas en la familia, la escuela, el trabajo y en la iglesia. Nada puede sustituir los tiempos de oración prolongados y regulares.

Spurgeon escribió lo siguiente: “Si no somos más negligentes que otros, eso no puede servirnos de consuelo; los cortos alcances de los demás no son para nosotros una excusa. ¡Cuán pocos de nosotros podemos compararnos al Sr. Joseph Alleine! Cuando Joseph Alleine disfrutaba de salud se levantaba constantemente a las cuatro de la mañana o antes, y se sentía muy apenado cuando oía a los herreros o a otros artesanos en sus respectivos talleres, antes que él estuviese en comunión con Dios. “¡Cómo me avergüenza ese ruido! ¿No merece mi Amo más que el amo de ellos?” Desde las cuatro hasta las ocho pasaba el tiempo en oración, en santa contemplación y en cánticos de Salmos. A veces suspendía la rutina de sus tareas en las iglesias y dedicaba días enteros a la oración y la meditación”.²⁸

Para que no haya malos entendidos: No se trata de que alguien ahora ponga su despertador una hora antes, estimulado por las costumbres de oración de ciertos personajes conocidos, para amonestarnos a orar. El orar hay que aprenderlo y practicarlo. ¡Orar sólo se aprende orando!

Las fuertes emociones, las movilizaciones y las llamadas a la oración, en el mejor de los casos, sólo podrán motivar a orar a corto plazo. La solicitud en la oración muy pronto desaparecerá. Es mejor comenzar dando pequeños pasos para entrenar “los músculos de la oración”, que obligarse en forma poco realista y terminar frustrado y resignado.

Nadie que pretenda llegar a corredor de maratón comenzará directamente corriendo un maratón. Primeramente aguzará sus músculos y sus pulmones corriendo distancias más cortas, y con el tiempo aumentará la intensidad y los kilómetros a correr. Nadie que piense dedicarse al salto de altura comenzará sus primeros ejercicios intentando saltar los dos metros. Se empieza más bajo, según la capacidad del momento, para poco a poco ir subiendo el listón.

De la misma manera, es prudente comenzar al principio reservando diez minutos para la oración, pero aprovechándolos concentrándonos bien. El que practique esto fielmente durante algún período de tiempo, notará que pronto no le bastan los 10 minutos. Los crecientes motivos para orar, para dar gracias a Dios, para alabarlo, pedirle o interceder por otros, poco a poco reclamarán más tiempo y el tiempo de oración se irá alargando por sí solo.

4. Así como el Señor perseveró durante la noche en oración, nosotros deberíamos ejercitarnos en orar persistente y perseverantemente.

(Hch 1:14) “Todos estos perseveraban unánimes en oración”

(Ro 12:12) “Constantes en la oración”

(Ef 6:18) “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.”

(Col 4:2) “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias.”

Cuando Pedro se hallaba en la cárcel, la iglesia de Jerusalén “*hacía sin cesar oración a Dios por él*” (Hch 12:5). Este tiempo de oración evidentemente duró hasta muy pasada la medianoche, porque cuando Pedro fue despertado por el ángel, fue a la casa de María, la madre de Juan Marcos “*donde muchos estaban reunidos orando*” (Hch 12:12).

Cuando en nuestra iglesia una joven madre de tres hijos enfermó tan gravemente de septicemia (infección/intoxicación de la sangre causada por la multiplicación incontrolable de bacterias) que había que contar con su muerte²⁹, nosotros como iglesia experimentamos de forma conmovedora lo que es la oración perseverante.

Cuando esto ocurrió, comenzamos a reunirnos todas las tardes para orar durante unas tres semanas. Orábamos por este asunto: que Dios conservara la esposa al esposo, la madre a los niños y que conservara para la obra del Señor a esta valiosa hermana.

Dios oyó nuestras oraciones. Recuerdo muy bien que después de estas tres semanas terminamos nuestras reuniones de oración diarias con sentimientos diversos: pensándolo bien habría todavía muchos motivos de oración y ocasiones para orar juntos diaria y perseverantemente. Pero...

Georg Müller (1805-1898) al final de su vida relató sus experiencias con la oración perseverante: “El punto más importante es no desistir jamás, hasta que venga la respuesta. Yo he orado todos los días durante 52 años por dos hombres, hijos de un amigo mío desde la juventud. Hasta el día de hoy no se han convertido, ¡pero se convertirán! ¿Cómo podría ser de otra manera? Tenemos la promesa inmovible del Señor y en ella me apoyo. La gran falta de los hijos de Dios es que no continúan orando. Si deseas algo para la honra de Dios, debes orar hasta que lo recibas.”³⁰

Índice de fuentes

²² Albert Knapps Evangelischer Liederschatz (Stuttgart: Verlag der Cotta'schen Buchhandlung, 1891), pág. 1101.

²³ H. y G. Taylor, “El secreto espiritual de Hudson Taylor”

²⁴ *ibid.*

²⁵ E. Beyreuther, Zinzendorf und die sich allhier beisammen finden (Marburg: Francke, 1959), pág. 195

²⁶ T. E. Koshy, Bakht Singh (Bielefeld: CLV, 2005), pág. 117

²⁷ *ibid.* pág. 227

²⁸ C. H. Spurgeon, Discursos a mis estudiantes

²⁹ Ver el libro: Andreas Fett, “Ja, Vater...”, CLV 2009

³⁰ R. Steer, Georg Müller (Bielefeld: CLV, 1995), pág. 238